

El Barón de las pesadillas:

España, 1960. Llegué a Dillas al mediodía. No era lo que esperarías de un pueblo de montaña perdido de la mano de Dios. Sí, la actividad era escasa, y a simple vista podría parecer una aldea fantasma, pero ya desde lejos se podía apreciar la gigantesca mansión que presidía el paisaje. Desde el principio atrajo mi atención. La verdad, no tenía nada que envidiar a la residencia de un rey. No sabría decir de qué material estaba hecha, pero creería sin dudar a quien me dijera que es el mismo que forma el arcoiris. Sin embargo, algo de eso me perturbaba. Quizás me pareció demasiado hermosa para ser la casa de un mortal. O quizás se debiera a que había ido a ese pueblo a investigar un asesinato, y el dueño de la propiedad era el principal sospechoso. Aparqué mi mercedes en la entrada del pueblo. Lo suyo habría sido ir directo a la mansión, pero decidí en último momento preguntar primero a la gente del pueblo, quizás influenciado por el rechazo que me producía el edificio. Encontré a un grupo de ancianos sentados en un banco, que me observaban con una mezcla de recelo e intriga. Claramente, no estaban acostumbrados a las visitas.

-Saludos amigos- les dije- ¿Qué tal van las cosas por el pueblo?

-Ahorrarte los formalismos- respondió uno de ellos, suspicaz- Ya sabemos que has venido por el asesinato.

-Está usted en lo correcto ¿sería mucha molestia hablarme acerca del suceso?

Los viejos dudaron. Eso me preocupó. Generalmente, cuando un investigador te pregunta algo, respondes sin pensarlo. Finalmente uno contestó.

-¿Sabe usted quién es el dueño de esa casa?- dijo señalando la mansión.

-Más o menos.- Antes de venir me había documentado con la escasa información que había sobre él- Por lo que tengo entendido se llama Sukeni Ikayo y, a juzgar por el nombre, deduzco que proviene de japon.

-Pues sabe casi lo mismo que nosotros. Vino hace unos veinte años. Por aquel entonces aquel imponente palacio era un montón de ruinas inservibles. Todos creímos que Ikayo era un loco cuando se presentó diciendo que la había comprado. Sin embargo, no tardó más de un verano en rehabilitarla y convertirla en lo que es ahora.

-¿Cómo logró eso?- pregunté genuinamente asombrado.

-Ojalá saberlo- rió otro de los ancianos- Ikayo es un hombre misterioso. Apenas se le ve por el pueblo, y lo agradecemos a Dios. Hay algo extraño en él. No es un alborotador, de hecho pocas veces se ve a gente con esos buenos modales. Saluda

a todo aquel con el que se encuentra, con una sonrisa y una reverencia. Sin embargo, eso no hace que no sea incómodo estar con él. Hay un aura extraña a su alrededor. Es como tener a Satanás caminando a tu lado. No por nada le llamamos el Barón de las pesadillas.

-Bien, bien- respondí confiando en que fueran exageraciones de viejos.- ¿Podrían decirme la relación de Ikayo con la víctima?

-En principio la misma que con el resto del pueblo. Ya le hemos dicho que no se relacionaba mucho con nosotros. Sin embargo, el asesinato hizo algo que debió molestarle mucho. Rodríguez siempre dio mucho mal. No es por hablar mal de los muertos, pero se emborrachaba a menudo y siempre estaba buscando pelea.

-Lo raro hubiera sido que no le pasara nada de este estilo- corroboró uno de sus compañeros.

-¿Qué fue eso que hizo?

-Como de costumbre, ese día Rodríguez había bebido de más. Al igual que cualquier borracho estaba soltando idiotez tras idiotez. Al final se puso a hablar sobre que Ikayo le caía gordo, que seguro que ocultaba algo... Total, que al final alguien le dijo "¿y porque no vas a contárselo a él?" Rodríguez le hizo caso y fue directo a la mansión. Al día siguiente apareció muerto delante de la finca.- el hombre se estremeció- Nunca había visto un semblante tan aterrado como el de su cadáver. Parecía haber visto el mismísimo infierno.

-En fin, gracias por la ayuda- les dije, preocupado por lo que me tocaba.

Los ancianos se despidieron de mí como quien le da un último adiós a un soldado que va a la guerra.

Pulsé el timbre sin saber muy bien quién me abriría. Tras unos minutos que se me hicieron eternos, un hombre bien vestido salió de la casa a recibirme. Llevaba un hermoso bastón de madera, que parecía de muy buena calidad, con la cabeza de un zorro dorado tallado en su punta. Como imaginaba, tenía rasgos orientales. Parecía estar en la mediana edad, pero tenía los atléticos movimientos de un joven y la sabia mirada de un anciano. No tardé en notar ese aura incómoda que me habían mencionado.

Ikayo me sonrió y me estrechó la mano cordialmente:

-No es común para mí recibir visitas- rio de buena gana- pase pase.

-Me sorprende que esté tan tranquilo ¿sabe acaso a qué he venido?- dije con desconfianza mientras entraba con él.

-Claro, no hay que ser muy listo para darse cuenta de que viene a investigar el asesinato de aquel idiota. Ya imaginaba que me daría problemas.

-¿Entonces reconoce haberle matado?

-¿Qué gano tratando de mentirle? Si tiene un mínimo de materia gris ya sabrá seguro que fui yo.

-Va a tener que responder a unas preguntas.

-Sin problema, le llevaré a mi despacho.-dijo como si fuera un socio de sus negocios.

Ikayo me guió por los pasillos hasta que llegamos a una habitación bastante grande con un escritorio en el centro. Dudo que mi anfitrión se hubiera molestado en limpiarla durante los últimos meses. La mesa estaba llena de papeles sin orden alguno, y de un plato de arroz a medio comer. Había libros colocados al azar por toda la habitación, en el suelo, en un pequeño sofá... A juzgar por los matraces en una mesa en la esquina, Ikayo se encontraba en medio de algún experimento. El japonés me ofreció asiento en frente suyo.

-Bueno, cuénteme su versión de los hechos- comencé.

-Verá, como seguro usted ya sabrá, el tal Rodríguez irrumpió en mi finca. En cuanto vi quien era y lo borracho que estaba hice oídos sordos al timbre. Sin embargo, el asunto no quedó allí. Resulta que el muy tonto logró colarse en el edificio,

-¿Acaso un allanamiento de morada es suficiente para asesinar a alguien?

-No fue solo el allanamiento de morada. El hombre encontró ciertos documentos... privados, por decirlo de alguna manera. No me dejó otra alternativa que terminar con su vida.

-¿De verdad esos documentos son tan importantes como para acabar con la vida de un hombre? Lo siento, pero me temo que tendrá que enseñármelos.

-Me temo que no puedo permitirme que alguien los vea.

-No es una pregunta, es una orden.

Ikayo se levantó y abrió una caja fuerte. Dentro había un grueso dossier.

-Esto es lo que Rodríguez encontró.- hizo una pausa antes de continuar.- Si lo leyera tendría que hacer de su vida un infierno. Sería una suerte si lograra sucumbir tan rápido como aquel idiota. Dudo que aún quiera leerlo.

Para ese punto yo ya di por hecho que Ikayo había perdido la cordura. Por ello, en cuanto vi que se disponía a guardar el documento embestí contra él, y pude aprovechar para robar los papeles. Antes de que Ikayo pudiera hacer algo, leí por encima la primera página. Quedé paralizado por el espanto, Había tratado con más de un criminal peligroso, pero jamás me había topado con un ser tan despreciable. Me di cuenta de que el japonés se estaba levantando con una mirada de ira.

Por acto reflejo tomé mi revólver y descargué una ráfaga de balas sobre aquel monstruo. Sin embargo, mi adversario no sufrió daño alguno. Entonces me atacó con la velocidad de un caballo. El golpe que me dió con su bastón me hizo volar, destrozando la puerta a mis espaldas.

En vista de que nada podía hacer contra aquella bestia, decidí que era el momento de huir. Corrí a través del pasillo en busca de la salida, pero de algún modo el camino era completamente distinto al que había tomado anteriormente. Cuando en un cruce me topé con Ikayo retrocedí, para volver a encontrarme con el japonés en otro cruce, sin saber como le había dado tiempo a llegar. En todo caso, hice lo mismo que en la primera ocasión, para encontrarme otra vez con mi perseguidor.. El proceso se repitió más de una docena de veces. Finalmente, logré encontrar la puerta de salida de aquel laberinto al final de un larguísimo pasillo. Pero detrás de mí estaba Ikayo. Con un simple empujón por su parte, caí. El pasillo se transformó en una caída libre, en vertical. El oriental levitaba encima mío. Detrás de él aparecieron nueve gigantescos látigos de fuego que se dirigieron contra mí. El primero me rozó la cabeza, produciendo una quemadura que no desaparecería en mi vida. Sin embargo, logré evitar el resto de ataques durante unos segundos que se me hicieron eternos, hasta que sin saber cómo, alcancé la salida. Desde allí corrí a mi vehículo sin mirar atrás. Tomé el coche y salí de aquel infernal pueblo. Tras una hora de trayecto, llegué a la comisaría de Zaragoza donde trabajaba. Llevé el dossier al superior sin saludar a nadie.

-Encontré esto en Dillas, en la residencia de Sukeni Ikayo.- le nada más verle.- Hay cosas horribles allí, tendremos que ir un grupo grande a detenerle.

-¿Dillas?- pregunto extrañado el director de la comisaría.- No me consta la existencia de tal pueblo.

-¿Cómo? Pero si estaba de misión allí.

-Nosotros no le mandamos ir a tal lugar.

Entonces una mano se posó sobre mi hombro. Suneki Ikayo sonreía a mis espaldas. Entre escalofríos, me di cuenta de que estaba cumpliendo su promesa de transformar mi vida en un infierno.